

emilio cera sánchez

DESARROLLO HUMANO EN COLOMBIA EN UN CONTEXTO URBANO REGIONAL

CASO: REGION DEL CARIBE

Se desarrolla este ensayo examinando la ciudad como el escenario y "motor" que puede promover el desarrollo humano y social en Colombia. Se parte del supuesto de una transformación, hacia un modelo urbano regional, que genere dinámicas de desarrollo equitativo al resto del territorio y equilibre las actuales diferencias campo-ciudad, lo cual garantizaría un uso más justo y sostenible de todo tipo de recursos.

Un nuevo modelo urbano regional enmarcado en patrones de acción participativa, que potencien los comportamientos solidarios y apoyen los mecanismos de supervivencia de los pobres urbanos y ru-

rales. Paralelo a esto, se podría construir una nueva cultura política urbano regional, que antepusiere el bien común, la ética y la equidad en el manejo de recursos y oportunidades de acceso a ellos, para los más pobres.

Un mejor ingreso, ligado a políticas de empleo y educación, son las estrategias generales que como condición inicial contribuirían a posibilitar el desarrollo humano y social en el contexto urbano de Colombia, irradiando a las zonas rurales de mayor atraso relativo histórico. El caso del Caribe Colombiano con sus especificidades se estudia enmarcado en estos parámetros.

INTRODUCCION:

El énfasis dado al desarrollo humano en los últimos años, parte de una serie de documentos producidos por agencias de las Naciones Unidas, que plantean el desarrollo de los recursos humanos y la superación de la pobreza, como la manera de salirle adelante a los "efectos sociales" de ciertos "modelos de desarrollo" recientes, (¿Neoliberalismo y sus secuelas?) que han ahondado las diferencias entre países ricos y pobres, y entre grupos de población rica y pobre en los países en "vías de desarrollo".

El desarrollo humano, así como la superación de la pobreza, parten de una "oferta aumentada" de bienes y servicios y de una mejora de las capacidades de la población, combinando ambas acciones, y considerando que los recursos que debieran destinarse a ello, serían una inversión productiva en "capital humano". Esto es admitir que el crecimiento económico por sí solo, no eleva necesariamente las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Algunas propuestas (Plan de Jakarta) privilegian entre otras acciones las del empleo y desarrollo de la fuerza de trabajo, proponiendo la coexistencia entre los sectores formal e informal. En ciencia y tecnología, se propone mejorar los recursos humanos, para que se pueda aprovechar del progreso técnico adaptando las nuevas tecnologías.

La población colombiana, que ha venido creciendo, a pesar de los avances en programas de control natal, tiende a concentrarse en las áreas urbanas aún más que en el pasado, dejando a dichas áreas y su economía el papel de captar la fuerza de trabajo que genera su crecimiento y el producido por las migraciones del campo que, aunque han mermado, siguen desplazando población a las ciudades. Colombia es además un país con cre-

cimiento de la población en edad activa, medio y con niveles de pobreza urbana altos, que de acoger propuestas como la de Jakarta (tal como lo intenta el actual plan de desarrollo) deberá implementar más fuertemente las soluciones a los problemas de empleo urbano y rural, actuando al tiempo en la satisfacción de necesidades básicas y sin descuidar la modernización tecnológica.

En Colombia el desempleo urbano es alto, y como se anotó, la pobreza urbana también lo es, lo que trae como consecuencia que el migrante del campo no consiga trabajo. Todo esto ha producido una acelerada degradación del medio ambiente físico y social de las ciudades.

La ciudad colombiana, tradicional "motor" del cambio y la modernización, ha venido sufriendo un proceso de fragmentación y degradación social, de atomización de sus grupos sociales, que son muy diversificados, y una segregación espacial que como anota Sachs (citado por Susana Finquielevich, "Estrategias de supervivencia en las ciudades latinoamericanas" pág. 72) es una sociedad de apartheid todavía relativamente benigna; vivimos una crisis urbana estructural y con tendencia a prolongarse a largo plazo, "actualmente el desempleo y el subempleo constituyen las mayores fuentes de pobreza".

La migración del campo a la ciudad que caracterizó a la ciudad colombiana desde 1950, no ha podido ser bien articulada a ésta y no tuvo suficientes oportunidades ni ofertas para su adaptación, por la economía urbana "moderna", en recesión cíclica y poco agresiva en crear nuevas fuentes de empleo. En Colombia, como en la mayoría de países de la América Latina y del Caribe, se ha sentido el remezón "neoliberal". Los costos sociales de esta política dejaron como evidencia un alarmante aumento de la pobreza, ligado principalmente al deterioro de los niveles de ingreso y a las oportunidades de empleo.

(Aunque en Colombia no se evidencia tan agudo como en el cono sur) ⁽¹⁾.

Según el P.N.U.D., si no hay correctivos a esto, tendremos en la América Latina, para el año dos mil, 296.000.000 de pobres, casi el 56% de la población estimada para la región.

El empleo ofrecido en países altamente urbanizados y con ciudades de economía cada vez más terciaria, es de características precarias: microempresas, trabajo doméstico y en general en el sector informal. Este sector informal es diferente en sus códigos a la población obrera tradicional: carece de un proyecto político reivindicativo: además su psicología no es gregaria como la del obrero sindicalizado; podríamos decir que los informales resaltan dramáticamente como un subproducto de las ideas neoliberales, en el sentido de ver la solución de sus problemas de una manera individualista, y compartir la meta cultural de la obtención de la riqueza, si bien al ver que los medios institucionalizados para lograrlo están cerrados, algunos, especialmente los jóvenes, fácilmente desarrollan conductas que el sociólogo Merton denomina de innovación y que en derecho se denomina "delincuencia común" (J. J. Amar, Desarrollo Humano y Social y el nuevo orden político de la sociedad latinoamericana, prog. Desarrollo Humano, Maestría U.N. pág. 5 y 6. Barranquilla 1995). El comportamiento de algunos grupos urbanos (Medellín, Lima, Cali, Santafé de Bogotá) según anota Amar, es de desconfianza ante la sociedad y de afán de ganancia inmediata en donde "no importa vivir poco pero bien". Reflexiones como ésta han llevado a formular políticas hacia el empleo, que en el caso colombiano están plasmadas en el plan de desarrollo "El salto Social" del actual gobierno. (Según Consuelo Corredor, "la equidad como propósito de desarrollo"). Se considera el empleo como núcleo del plan de desarrollo y como punto de encuentro entre el desarrollo económico y el social,

pero éste se quedó corto en sus propuestas y en sus realizaciones. Es por la vía del ingreso como las personas pobres, que no cuentan sino con su fuerza de trabajo, pueden acceder a satisfacer sus necesidades vitales. Pero el plan de desarrollo apunta además a otros problemas y admite que la desocupación y la ocupación precaria no sólo limitan el potencial productivo y el ingreso, sino el bienestar y la pertenencia a la sociedad, agravando los problemas de inequidad ya grandes. Ofrecer más y mejores oportunidades de empleo, en situaciones urbanas de economía terciaria y con relativa capacidad de competir en el mercado externo, con una población de códigos en transición (campesinidad) y bajo nivel de capacitación, debía entonces conllevar una "elevación" del nivel educativo, fomentar economías solidarias y fomentar la pequeña propiedad. En el campo debía también fomentarse más y mejor empleo.

El empleo urbano, en el sector informal, se estimaba en las siete ciudades mayores colombianas, en 1994, en 1.672.000 y el desempleo en 435.000. Para el cuatrienio 1995-98, se estima la necesidad de generar 3.369.000 nuevos empleos.

En el contexto urbano es claro un mayor desempleo en trabajadores de poca calificación, sobre todo en jóvenes y mujeres pobres. La construcción y el comercio, habituales empleadores urbanos generan empleo temporal y/o alto grado de informalidad. Al tiempo existe sobreoferta de empleo para personal calificado urbano, lo cual hace pensar que se debe hacer un inmenso esfuerzo en la capacitación, educación y desarrollo científico y tecnológico. Aquí aparece la educación como área estratégica de la política social. La educación se convierte así en un potenciador de conocimiento que a su vez es capital social acumulable. Todo parece indicar que la estrategia hacia el desarrollo humano en Colombia debe partir de considerar la ciudad como epicentro del de-

sarroilo, lo anterior corroborado por ser ella el espacio en donde se concentra la mayoría de la población y por ser posible a partir de ella la generación de las dinámicas de modernización y desarrollo equitativo y sustentable, que irradian hacia el resto del territorio los beneficios de las transformaciones sociales y de calidad de vida mejor, a los cuales aspira y tiene derecho nuestra gente. Esto implica entender la interacción ciudad-territorio, nuevas relaciones ciudad-campo y acciones simultáneas en ambos contextos.

La ciudad en la historia, no sólo de Colombia y América Latina, sino en la historia universal, ha sido factor privilegiado del cambio, de progreso y modernidad, como también centro del poder y de la dominación sobre el resto de población y el territorio. Es a partir de ella, y bajo una nueva visión de su papel, que será posible gestar e implementar las acciones de desarrollo humano y social, que logren elevar la calidad de vida en todo el territorio.

Así, sería el “destino manifiesto de la ciudad”, llevar a cabo toda estrategia de avance cultural, social y económico sobre el resto del territorio.

DESARROLLO: ¿CULTURA VS. CIVILIZACION, TIERRA VS. METROPOLIS...?

Las críticas negativas a la ciudad “sobre todo a la gran ciudad” han sido una cara de la moneda muy recurrente, que ha visto en ella y en los procesos de modernidad que están implícitos en su carácter, (desde las visiones telúricas, que siempre han desdeñado todo lo que significa la gran ciudad: racionalidad, abstracción, intelectualismo, cambio del concepto de comunidad tradicional, por el de asociación, del aprendizaje tradicional, por el estudio, artesanía por industria y, que ma-

ta con su racionalismo lo místico y los mitos con la historia).

El telurismo fue muy propio del pensamiento latinoamericano de principio de siglo influenciado por el pensamiento alemán, traducido por Ortega y Gasset (Revista de Occidente) en donde la crítica a la ciudad desde los campos historiográficos, sociológico, político, económico y estético (Tonnies, Spengler, Sombart, Weber, Simmel, Nietzsche. . .) tiene gran trascendencia, si bien, ni en Colombia ni en América Latina, existió organizadamente la oposición de la cultura a la civilización. En nuestro caso hemos tenido una urbanización que a partir de la colonia se ha consolidado y que en los últimos cincuenta años ha venido acelerándose, con gran concentración de poder y población en capitales macrocefálicas (México, Buenos Aires, Lima y en menor proporción Santafé de Bogotá). La incorporación campesina a la ciudad ha sido difícil y lenta, ya que los procesos productivos, de distribución y consumo no han sido históricamente equitativos (tenemos una deuda social acumulada inmensa con las minorías étnicas) marginando a numerosa población. Aunque funcional al sistema esta población ha recibido poco beneficio real de la riqueza y desarrollo urbanos.

La cultura rural trasladada a la ciudad ha devenido en residual, con manifestaciones diversas en el escenario urbano. La ciudad impuso sus códigos de modernización, considerando “bárbaro” en el sentido griego todo lo externo a ella. Se impuso así la civilización, sin verdadera oposición de una cultura aún viva, o con permanencia fuerte, dada la composición étnica múltiple de la población, y la tradición desde la colonia de imposición desde la ciudad, de la civilización dominante.

El torrente modernizador, que tiene efectos deslumbrantes en la población “colonizada” desde el origen en nuestros países, y que utilizó la ciudad como su instrumento, encuentra ya pocos focos de

resistencia; queda entonces por dilucidar el papel (a la luz de conceptos como el de desarrollo humano, desarrollo social equitativo y sostenible) que la estructura histórica urbano-regional puede aún jugar y de qué modo, para en verdad ser o seguir siendo “motor” de un desarrollo ahora a escala humana.

¿Es posible que la ciudad desarrolle el territorio y no repita el modelo de explotación depredador, sin generar verdadero desarrollo? Es probable que para lograrlo deba darse un verdadero poder local y voluntad política de una clase dirigente más *lúcida*.

CIVILIZACION: LA CIUDAD COMO FACTOR DE MODERNIDAD Y DESARROLLO

La línea interpretativa de las ciudades como “crisoles” del cambio (también en la modernidad) ha sido de las más desarrolladas por diversos autores (Munford, Körn, Toynbee, Bahr, Endell, Tafuri, Benévolo). En el caso de América Latina y el Caribe es indudable el papel asignado a la ciudad, desde la colonia, primero como ciudad enclave, fortaleza (luego del colapso del modelo de “factoría” de Colón, en la isla “La Española” y de la fundación de la primera ciudad: Santo Domingo), para bien o para mal, el modelo urbano y la estructura urbano-regional en América Latina y Colombia es el que ha construido la civilización actual, el sentido de nación posterior y ha funcionado como mecanismo de modernización, por complejos factores ligados a los procesos de urbanización, que aún hoy continúan y que han hecho habitar en Colombia en las ciudades aproximadamente al 70% de su población (y con tendencia a volverse el 80% para el año 2000). Las oportunidades históricas de desarrollo humano en Colombia han estado ligadas al contexto urbano, que como “crisol” de la civilización, impone pri-

mero el poder hispano, pero que juega un importante papel en la independencia, y a partir de la república se consolida como un lugar de las oportunidades, imposibles de obtener en el contexto rural. En Colombia la jerarquía urbana: capital, ciudad, pueblo, villorrio... heredado de la colonia, deviene en el siglo XX, en unas estructuras urbano-regionales más articuladas al territorio, apareciendo el concepto de metrópolis, gran ciudad, ciudad intermedia, con regionalización, provincias y territorialidad más compleja que ha llegado a conformar áreas metropolitanas, de mucho potencial de acción y cambio aún no aprovechadas para un desarrollo humano integral.

La gran ciudad, o área metropolitana y su jurisdicción o influencia sobre territorialidades con jerarquías medias y pequeñas de las ciudades, y los conceptos de región, provincia, están así, en el centro de la reflexión contemporánea (con relación clara con los problemas ambientales y del desarrollo sostenible) y enmarcan la correspondiente a desarrollo humano y social.

Todavía no tenemos regiones metropolitanas como en algunos países de mayor desarrollo, pero las articulaciones ciudad territorio, con las facilidades de comunicación actuales, son en algunos casos muy dinámicas, prefigurando un “hinterland” y expandiendo la calidad urbana a mayor población.

La ciudad aporta históricamente como elemento nuevo lo que llama Lewis Munford “la comprensión de que la forma urbana era la forma de su organización social”. La clave de su sistema es pues la organización u orden, que en el caso de nuestras ciudades heredadas de la colonia, correspondían con el poder de la Iglesia, el ejército, la burocracia administradora letrada, y reflejado en su espacialidad, traza y arquitectura. Se colocaba en ellas: las cosas en el lugar que les corresponde, según las instrucciones que daba

el rey y luego las Leyes de Indias y, según las que se dio a Pedrarias Dávila, fundador de Panamá en 1513: “habréis de repartir solares del lugar para hacer las casas, y éstos han de ser repartidos según las calidades de las personas y sean de comienzo dados por orden: por manera que hechos los solares, el pueblo parezca ordenado, así en el lugar que se dejare para plaza, como en el lugar que hubiere la iglesia, como en el orden que tuvieren las calles; porque en los lugares que de nuevo se hacen dando la orden en el comienzo, sin ningún trabajo ni costa quedan ordenados e los otros jamás se ordenaban”. (Carlos Martínez, Anotaciones de Urbanismo del Nuevo Reino de Granada, Proa, Bogotá). Nuestras ciudades nacen pues, con vocación de orden y certifican el dominio sobre el territorio, oponiendo la polis civilizada, desde su origen, a la barbarie externa a ella. La ciudad desde su origen es concebida como foco civilizador y dominador, como lugar adecuado de transmisión de la influencia europea y desde el cual realizar la tarea de sometimiento del inmenso “hinterland” salvaje en donde la ciudad (enclave culto) impone su orden. Parte de ese orden fue la educación, el idioma, la religión. Aisladas de su entorno espacialmente, en una territorialidad desconocida, ajena, hostil, tenían la misión de dominar y civilizar su entorno. Han sido realmente exitosas en su misión y para el presente en la América Latina, no sólo son extensas y crecen de modo constante, sino que bien o mal siguen siendo el motor del desarrollo, aun dentro de las patologías económicas, sociales y ambientales que les son propias.

DESARROLLO HUMANO EN EL CARIBE COLOMBIANO

Según estudios recientes (Problemática ambiental de los nuevos patrones de asentamiento, de Edgar Forero y otros autores, Cider. Universidad de los Andes, Bo-

gotá) se presentan a partir de la década de los setenta de este siglo, cambios en los patrones de urbanización en Colombia, que dado el fenómeno de internacionalización de la economía, modernización del estado y condiciones de estancamiento de algunas regiones, tienden a privilegiar el desarrollo de las áreas colombianas localizadas por debajo de la cota de 100 mts. sobre el nivel del mar y en los terrenos planos, valles y sabanas tropicales con la consecuente pérdida de población de zonas tradicionalmente atractivas (cabeceras sobre los 1.000 mts. sobre el nivel del mar, pequeñas y medianas hasta 25.000 habitantes) y se da un crecimiento sólo inercial (con la excepción de Santafé de Bogotá) de las ciudades grandes andinas en pisos térmicos medio y frío. En el período intercensal 73-85, las ciudades localizadas en zonas cálidas planas, de tamaño pequeño y medio, crecieron más rápidamente y esta tendencia se fortalecerá con el modelo de desarrollo vigente, lo cual supone ventajas grandes de localización para las regiones tropicales planas, y más con facilidades de transporte y portuarias como las del Caribe colombiano (a la vez es un reto responder a este proceso de migración, para generar un desarrollo a escala humana). El sistema urbano regional del Caribe, está obligado según esto a responder al reto de volver a ser dinamizador de un desarrollo que ahora debe ser sustentable y partir de concepciones centradas en el propio potencial humano y social. Un modelo de desarrollo sostenible para la subregión a partir de las ciudades como motor, implica un sesgo hacia el desarrollo humano, capitalizando en la gente, que convertirá esta inversión en productividad y eficiencia, si ella es equitativa, y se fundamenta en crear ciudadanos participantes, (bajo criterios descentralizantes, reconociendo al sector urbano como crisol y difusor del mismo). Convertir al habitante del Caribe en actor principal de un desarrollo sustentable es el reto, mirando al ciudadano común y al cam-

pesino, avanzando en su educación para erradicar o aliviar la pobreza. La mirada a la vida cotidiana del ser humano común, supone entender sus verdaderas aspiraciones y necesidades, entender que miles de nuestros compatriotas se preguntan diariamente al levantarse, de qué vivirán, sin la seguridad siquiera de poderse alimentar ellos y sus familias, sin certeza de un lugar en qué vivir, sin acceso a servicios básicos de salud, educación ni libertad plena para su desarrollo integral ⁽²⁾.

DESARROLLO HUMANO Y CIUDAD EN EL TERRITORIO

La noción de desarrollo humano, debe ser vista como un proceso de ampliación de oportunidades para las personas, de mejoramiento de sus capacidades, invirtiendo en ellas y para que dichas capacidades se empleen en un marco participativo que genere crecimiento mutuo: de ingresos, empleo (partiendo de unas necesidades básicas satisfechas en educación, salud y otros servicios) y libertad de acción para las personas (según informe sobre desarrollo humano P.N.U.D., Bogotá, Tercer Mundo, 1991).

Es muy importante además del progreso individual, el derecho a un buen entorno físico y la libertad y así, el contexto urbano es el que más posibilidades brinda en la región en Colombia (y en todo el mundo) para un desarrollo humano pleno. Lograr crecimiento integral y participativo, que posibilite iniciativas privadas y libertad, distribuyendo con equidad la riqueza, y sostenible: que atienda al bienestar de las futuras generaciones, supone crecer cualitativa y cuantitativamente. Sin producción y riqueza no es posible el desarrollo humano, pero no podemos esperar a desarrollarnos para iniciar las inversiones que busquen la equidad, que corrijan deudas sociales acumuladas históricamente. La ciudad también puede ser el motor de desarrollo humano y social en

la subregión del Caribe. Desarrollar a las personas en el contexto urbano, supone invertir en educación, salud, nutrición y bienestar de sus habitantes (si se logra aumentar el ingreso, sobre todo para esa mayoría pobre que ha venido ocupando los cinturones de miseria en la periferia de las ciudades y en las áreas deterioradas centrales).

El desarrollo humano de los habitantes urbanos, hará posible su aporte cada vez mayor a la economía urbana total y al desarrollo armónico regional.

La participación en los planes de desarrollo humano y social urbanos, supone estructuras políticas adecuadas que garanticen procesos de toma de decisiones por las mismas personas, construyendo al tiempo ciudadanos. La creación de oportunidades de crecimiento para todos y de mayor ingreso y empleo, propiciará el desarrollo y adecuación del actual potencial humano urbano, de gran creatividad en el caso del Caribe colombiano partiendo de una legítima democracia ciudadana que vele por el bien común, alejada de la tradición triste de corrupción y desidia recientes, de la cual parece que el país y la región intentan desprenderse. Un desarrollo humano urbano regional que ofrezca oportunidades expandidas a todos, sin excluir minorías ni diversidades existentes en la fragmentada ciudad contemporánea, deberá crear y apoyar redes básicas de sostenimiento, a las necesidades de grupos menos aptos para sobrevivir dignamente en el contexto urbano-regional.

La equidad de dicho desarrollo, no debe sacrificar legítimas aspiraciones de ningún sector, para beneficiar sólo a unos pocos.

En el contexto urbano regional del Caribe colombiano, toda política de desarrollo humano, deberá partir de un conocimiento preciso de los niveles económicos, socio-culturales y de capacitación de los diversos grupos humanos, individuos,

familias, comunidades, asociaciones, y del grado de organización y capacidad de gestión que pueda desarrollar para vincularse a tales políticas, de modo de no caer en modelos caritativos o asistenciales. La pobreza urbana en Colombia y la región se localiza espacialmente en periferias y zonas de tierra marginal del mercado legal, proclives a catástrofes diversas: inundación, deslizamientos o a condiciones ambientales muy negativas.

Las zonas centrales urbanas y su primera periferia también sufren de impactos de la pobreza urbana y están conformadas por espacialidades con alto grado de deterioro. La gran cantidad de habitantes sin empleo o mal vinculados laboralmente, ocupan cualquier lugar del espacio público, como informales y han venido ganando permanencia e identidad propias con sus prácticas sui géneris de adaptación/transformación del medio ambiente urbano. Estos habitantes han introducido dinámicas socio-culturales propias, aunque similares a los de otros contextos urbanos de toda América Latina y el Caribe.

Hay gran número de habitantes con patrones culturales tradicionales de medios rurales, que tanto en su hábitat, como en su desarrollo social, económico y de capacitación manejan códigos no modernos y poco urbanos (relación con la ciudad, con el espacio público, con los servicios...) a los cuales todo plan de desarrollo humano específico, deberá primero resolverles las necesidades más elementales, comenzando con acciones tendientes a su integración y asimilación de los códigos urbanos. En estos casos la falta de equipamiento social urbano es un grave obstáculo, la falta de mínimos elementos para elevar la calidad de vida de estos habitantes, ha llevado a nuestras ciudades al límite de un regreso a la calidad de aldea o pueblo, y a veces a límites de completa ruralización. El migrante de la subregión del Caribe colombiano, procede de zonas muy deprimidas o retrasadas, de al-

deas y pueblos con equipamientos demasiado pobres o inexistentes. La generación de aparatos administrativos locales más fuertes, eficientes, con altos niveles de ética y transparencia son condición sin la cual no podría existir un desarrollo humano y social en lo urbano. (Esto supone, un mejor estado... no un estado grande e ineficiente).

Hasta ahora en Colombia y en la subregión Caribe en particular, las ramas locales del aparato estatal (Nación, Departamento, Distrito) se han mostrado muy precarias para regular y ordenar un funcionamiento mínimo, eficaz del asentamiento o aglomeración urbana. Existen grandes limitaciones financieras que impiden un mejor equipamiento y programas agresivos de desarrollo humano, y la voluntad política aún es muy débil. Las limitaciones en la gestión que suponen falta de claridad y autoridad sobre los diferentes actores sociales y económicos, han propiciado el caos, lo ilegal y lo espontáneo mal entendido...

EL DESARROLLO HUMANO EN LA CIUDAD

Dentro de la revisión que venimos haciendo del papel de la ciudad como motor del cambio, como crisol de la modernidad, vale la pena ver también su papel como lugar de intercambio, de transferencia de saberes, tecnologías, modas y modos de vida, que históricamente la han hecho el escenario propicio de las oportunidades, no existentes en el contexto rural o de la pequeña aldea. La ciudad de Barranquilla, desde principios del siglo XX, hasta su primera mitad, cumple en Colombia el papel que en la colonia cumplió Cartagena: el del lugar de llegada, adaptación y posterior difusión de la mayoría de procesos y elementos de modernización en Colombia.

Barranquilla fue un factor clave que impulsó a Colombia a salir del siglo XIX y produjo los primeros gérmenes de for-

mación ciudadana, de una clase dirigente que acogió el progreso como ideología y realidad posible y fue cuna de muchas iniciativas y empresas entre otras la de incipiente formación de clases medias y obreras en Colombia. Allí nace ligada a la idea de progreso, la primera ruptura efectiva con los códigos del siglo XIX y con los heredados de la colonia: se inicia así la idea de ciudad democrática moderna, que permite el ascenso social y se enmarca este proceso en una proto-idea de desarrollo humano y social. Es posible que su localización y el impacto del cruce de culturas que tiene como escenario a esa ciudad desde mediados del siglo XIX, fuera el principal factor que incidió en convertirla en una ventana o puerta al mundo moderno y en gestora de algunos de los principales cambios en la sociedad colombiana al comenzar el siglo XX. Barranquilla fue un poco nuestra San Petersburgo, que asomó el país al mundo moderno⁽³⁾. Ese papel pionero, que pierde impulso en la ciudad a mediados del siglo como ya se anotó, coincide con la aparición de la importancia de otros núcleos urbanos en el territorio nacional que con los cambios de modelo de desarrollo y la apertura del Pacífico, generan dinámicas progresistas y refuerzan hasta los años 80, un mayor desarrollo relativo en la zona andina colombiana. El impulso inicial de la ciudad es posible sino recuperarlo totalmente sí reactivarlo, construyendo ventajas a partir de las tradicionales: su localización, infraestructura y primacía regional, mediante una capitalización fuerte en su recurso humano, que potencie dinámicas de desarrollo, ahora mejor fundamentadas con la interacción cada vez mayor con su región. La posibilidad de irradiar hacia la región, hoy es mucho mayor que antes, y las posibilidades de iniciar un equilibrio con ella, transformarían su tradicional papel de enclave moderno dentro de la pobreza generalizada de la Costa Caribe.

He aquí un reto para la ciudad del Caribe: volver a ser el centro de las dinámi-

cas de progreso y cambio, pero ahora dentro de los conceptos de equidad, de desarrollo humano y social sostenibles, en armonía con su entorno natural. Este reto deben asumirlo todos: sociedad civil, aparatos estatales locales, comunidades... El punto de partida es una clara concepción de desarrollo humano integral para sus habitantes y una puesta en acción eficaz y ética.

Aquí cabe anotar, que si el desarrollo humano lo entendemos como aquel, que partiendo de las personas, que tomándolas como centro de todo otro desarrollo y viéndolas como seres libres (pero en sociedad) brinde perspectivas nuevas y mejores formas de sociabilidad, de todo tipo de intercambios, de desarrollo social, que permita un mayor y equitativo acceso a bienes y servicios, se garantizaría un pleno despliegue del potencial humano de la ciudad.

Este potencial humano en Colombia y en la costa Caribe aunque ha mostrado históricamente su gran creatividad, no ha sido suficientemente apoyado ni aprovechado en toda su capacidad. Brindándole mayores oportunidades de acción, según sus propias aspiraciones y dándole espacios para el ejercicio responsable de su libertad, es mucho lo que es capaz de lograr y de mostrar su pleno crecimiento.

El intercambio social pleno, en el contexto urbano permite aprovechar mejor las oportunidades, que lograrían satisfacer necesidades psíquicas, físicas y espirituales de la población. Las actitudes y aptitudes que desarrollen las poblaciones (sobre todo las de la llamada franja marginal) es lo que permitirá que sobrevivan y alcancen mejores niveles de calidad de vida.

La pobreza en la subregión Caribe no ha degenerado en patrones y códigos de comportamiento que se han dado en otras subculturas, con índices altos de criminalidad, violencia, abandono de la niñez, prostitución... Gran parte de la población del Caribe, aún la pobre urbana, sigue ma-

nejando patrones solidarios y éticos que han permitido altos niveles de convivencia, tolerancia y dignidad, nada despreciables, y que han hecho de la región y de la ciudad de Barranquilla un "oasis de paz", en el país más violento del mundo.

Barranquilla es un ejemplo claro de cultura urbana para la convivencia y para la solidaridad, que puede realizar eventos de la magnitud de su carnaval, sin producir catástrofes de vandalismo, ni altos índices de criminalidad, en una fiesta que integra a las diferentes clases sociales.

Estas facetas de cultura urbana permiten pensar que en ella, es posible concebir espacios públicos para todos.

Que su centro tradicional, lugar que han ocupado históricamente los pobres urbanos, como escenario de actividades informales que le brindan su sustento puede y debe ser el centro de todos sin generar expulsión de las clases pobres, sin temor de que se gesten las patologías sociales que en otros contextos han degradado los centros tradicionales, con índices de criminalidad y violencia, que les convierten en áreas de alto riesgo, peligrosas, limitando su potencial.

CONCLUSIONES:

En este fin de siglo, el desarrollo humano y social se volvieron los protagonistas, después de muchos años de inequidad y aumento de la pobreza (muchas personas sin tierra, capital, crédito, ni oportunidad de trabajo decente y difícil acceso a los servicios sociales adecuados), la mayoría de los pobres rurales en nuestros países, ganan entre el 25% y 50% menos que el habitante urbano⁽⁴⁾ y sólo tienen el 50% de posibilidades del urbano en servicios de salud, agua, alcantarillado (en electricidad es un 30%) las condicio-

nes rurales son deprimentes y grande es la degradación ambiental causada por su pobreza (cultivan tierra marginal, creando mayor pobreza por el agotamiento del agua y suelos), sobretodo en el trópico económicamente frágil. Así ofrecer opciones en contextos urbanos y en trabajos no agropecuarios evita el agotamiento de un ecosistema frágil. En una región con mayoría de terrenos poco fértiles, con escasez de agua o en el otro extremo inundables, la estrategia de concentrarse en ciudades aún es válida. En la región caribe la ganadería extensiva y/o minería para exportación genera muy poco empleo, la agricultura y recursos de pesca no ofrecen ingresos fijos y de calidad. Las ciudades son una mejor alternativa, opción clara para estrategias de supervivencia para los más pobres, si se producen ofertas que combinen apoyos a las economías formal e informal. Los programas de desarrollo humano articulados al contexto urbano en la subregión, que privilegien mejores ingresos, empleos, capacitación y oferta de servicios tienden a localizarse en relación con centros y subcentros urbanos, lugares por excelencia de los intercambios y de las oportunidades para todos. Una política de desarrollo humano vinculada a la rehabilitación de los centros urbanos, generará ingresos, dignificará el espacio público en el cual se desenvuelve la mayoría de la población y creará riqueza, inversión y un desarrollo humano más sólido y equitativo⁽⁵⁾. Lo anterior supone reconcebir la ciudad. La ciudad con su ambiente, permitiría así el desarrollo humano pleno: de todo el potencial humano, incluso el de los sentidos a toda experiencia, ya que ofrece instrumentos de trabajo, productos de la técnica, equilibrio trabajo-placer y satisfacción de la obra común. Ella debe ser patria común, vínculo fraternal entre seres humanos y artificio ordenado por excelencia que depende de la naturaleza y por tanto debe lograr mayor equilibrio con ella.

NOTAS

1. Falta dilucidar el impacto de las bonanzas del narcotráfico en Colombia.
2. Las especificidades tanto de la espacialidad regional con sus fortalezas y debilidades como de su potencial humano en campos y ciudades: la red urbana es aún desarticulada y su presencia débil en algunas zonas (Sur de Bolívar, Magdalena, Córdoba, Sucre, Guajira, Sur del Cesar) y las corrientes migratorias campo/ciudad han venido generando crecimientos en ciudades intermedias (Valledupar, Montería, Magangué, Sahagún) y con crecimientos menores en Barranquilla, Cartagena que pueden equilibrar las excesivas primacías tradicionales regionales. Hay en la región extensas zonas despobladas, sin equipamiento alguno y con altísimos índices de pobreza y analfabetismo que muestran bajo perfil del papel urbano como motor de cambio.
3. ¿Una modernidad del subdesarrollo? como sostiene Marshall Berman sobre el caso de San Peterburgo, en su texto *"Todo lo sólido se desvanece en el aire"*, (Siglo XXI, Santafé de Bogotá, 1989) a una modernidad que trascienda a índices de desarrollo humano y sociales sustentables?
4. Desarrollo humano, informe 1991. Pág. 69.
5. La ciudad amplía los contactos sociales y los lazos de responsabilidad mutuos, generando niveles mayores de participación que el contexto rural, mayor actividad política y social que redundan en mayor posibilidad de desarrollo humano integral.

El concepto "región" se entiende en su acepción más amplia: Europa Occidental, América Latina, Cuenca del Ca-

ribe. "Subregión" como parte de una región: Caribe Colombiano, Andes Colombianos.

Se maneja en este ensayo un concepto de civilización que construye muros y protege y de cultura que planta y cultiva, como antítesis a resolver, por una civilización que de coherencia a lo diverso, a partir de una voluntad propia, generando así vínculos sin violencia. A la civilización compete la política y a la cultura la ética.

Colombia ha tenido un comportamiento en su economía un tanto atípico —¿probablemente con influencia del narcotráfico?— en Latinoamérica desde los años 80. Se redujo la pobreza en áreas urbanas del 38 al 35% entre 1970 y 1986. La tasa de desempleo urbano bajó del 14% en 1985 al 10% en 1990.

El P. I. B. subió de 1208 a 1379 (1981 al 1990) y el salario mínimo de 101.3 a 120.1. Esto muestra que se logró crecimiento económico en el período de ajuste y también un incremento en el coeficiente tributario y en el índice de gasto público. (Financiación del desarrollo humano, PNDU. Informe 1991 Bogotá: Tercer Mundo, 1991. Pág. 106).

Reconocer la ciudad: significa en este ensayo, entre otros conceptos, no permitir que los puestos de trabajo sigan localizándose en áreas alejadas para los pobres urbanos (suburbios, subcentros elitistas) agravando el hecho de que las ciudades tienden a ser cada vez más centros de información, intercambio, finanzas, y administración, (terciarización) y por tanto poco generadoras de empleo accesible a la población pobremente capacitada, aunque éste se ubicara en las zonas centrales.

BIBLIOGRAFIA

- AMAR, José. América Latina: "El desarrollo social y humano en la perspectiva del siglo XXI". *Investigación y Desarrollo* N° 2, ed. UNINORTE, Barranquilla, 1992.
- BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Siglo XXI, Santafé de Bogotá, 1989.
- CIDER. *Problemática ambiental de los nuevos patrones de asentamiento*. (Cider - Universidad de los Andes, Bogotá).
- CORREDOR M., Consuelo. *Los límites de la modernización*. CINEP y Universidad Nacional. Santafé de Bogotá. 1992.
- DALCO, Francesco et al. *Dilucidaciones, Modernidad y Arquitectura*. Paidós, Barcelona, 1990.
- KLIKSBERG, Bernardo (Comp.). *Pobreza un Tema Imponderable Nuevas Respuestas a Nivel Mundial*. México: Clad Fondo de Cultura Económica. P.N.U.D. 1993. PAS. 7 a 88 y 37 a 132.